

Mariano Benlliure y Tuero
En confianza: hoy, en serio
(*Muchas Gracias*, 17-2-1928)

Permíteme, caro lector, que hoy te hable en serio. No tengo el ánimo para bromas; y sería impropio que bajo el epígrafe "En confianza" forzase mi ánimo hasta la insinceridad; no, cuando está uno en confianza dice uno lisa y llanamente lo que piensa y lo que siente; y hoy me sería completamente imposible, por más que evocase las cosas más grotescas, esbozar una sonrisa sincera.

Estoy bajo la dolorosa impresión de la muerte de Vicente Blasco Ibáñez, que para mí era, además del gran escritor y hombre público, el amigo paternal cuyas bondades nunca podré olvidar.

Dios premie, querido maestro, tu gran corazón. Sí, Dios te premiará, nuestro Dios, que, claro está, no es el Dios cicatero, cruel y chismoso de esos señores de *El Debate* que han ultrajado tu cadáver, sino que es el Dios de la Justicia y de la Verdad, el Dios —¿por qué no decirlo?— liberal y demócrata que premia a los hombres de buena voluntad sin reparar en encasillados y en estrechos dogmatismos.

Si no tuviéramos todavía en carne viva nuestro dolor, podríamos sonreír ante las actitudes grotescas con que algunos señores han querido en el momento supremo ensombrecer la gloria del maestro. Y no es que tratemos de imponer ningún dogma; nosotros creemos que Blasco Ibáñez era nuestro primer novelista actual, y otros pueden no creerlo; se puede combatir la obra de Blasco Ibáñez, pero lo que resulta grotesco, terriblemente grotesco, es esa actitud desdeñosa del que ha dicho:

“¿Blasco Ibáñez?...

¿Qué me dice usted?...

No caigo... no conozco... no he leído...”

¿Y qué me dicen ustedes de la piedad cristiana con que *El Debate*, después de injuriar a Blasco Ibáñez, va anotando, para hacer chacota, los lapsus y las frases poco felices que han aparecido en la prensa con motivo de su muerte?... Es lo mismo que si alguien se introdujese en una capilla ardiente para reír de las frases incongruentes, de los desaliños indumentarios, de las voces desentonadas, de las actitudes inarmónicas con que se proveían los deudos y amigos que lloraban al muerto.

No se ha dado un solo caso de que nuestros reaccionarios hayan tributado un elogio a uno que no sea de su bando... ¿Deberíamos seguir su ejemplo?... No, de ningún modo; para eso necesitaríamos ser de su misma

condición, de su misma cerrilidad, de su misma miseria moral; eso significaría dejar de ser liberales, buenos liberales.